



Mala compañía

Se trata de seis cuentos de Carlos Fuentes que son sólo una mala sombra de los poderes narrativos del mexicano y que, en vez de asustar, dan risa.

¿Cuántos de los que fueron a ver o siguieron por la prensa la reciente visita de Carlos Fuentes a Chile leyeron su último volumen de relatos? Es una buena pregunta. Fuentes, promotor y sobreviviente del boom, sparring de Octavio Paz y lobby viviente de las letras mexicanas, ya no es lo que era. Lo que vimos: la venida de un opinólogo o un conferencista más o menos popular. De buena literatura, nada. Porque *Inquieta compañía* -el libro que Alfaguara lanzó en dicho contexto- es la obra menor de alguien que cree poder salir impunemente de cualquier desafío literario. Un error: Fuentes demuestra no haber aprendido de sus errores y de los de sus viejos socios, esas horrores novelas eróticas de Vargas Llosa, el Cortázar politizado y terminal, el mediocre cronista y horrible poeta que fue Donoso.

En este caso, es el terror y el suspense exhibidos en un puñado de seis ficciones góticas -o alegorías políticas, quién sabe- que incluyen vampiros, nazis, fantasmas y maldiciones coloniales. Fuentes, por supuesto, quiere ostentar cierta corrección política, diplomacia literaria y garbo estilístico para narrar el horror: Vlad Tepes llega al México D.F. y comienza a devorar a sus clases acomodadas (*Vlad*), una solterona descubre que habita en una casa encantada (*La gata de mi madre*), un ángel baja a la tierra para salvar el alma de una mujer inválida de su marido amargado (*Cafixta Broad*), un fan mexicano queda desquiciado por una actriz londinense (*El amante del teatro*); y un par de nazis coquetean con la necrofilia (*La bella durmiente*).

No es un gran libro. Apenas un puñado de cuentos mediocres, redimidos por los destellos fugaces de una prosa eficiente. Fuentes



quiere hacer gótico sudaca sin comprender realmente Latinoamérica o el gótico. No convence. Tiene buenas ideas, pero ya no le queda garra literaria. Su estilo es apenas una colección de citas cultas, diálogos de los que estaría orgulloso Jorge Olguín y un par de momentos perversos mal dosificados: un jorobado que manosea a una niña vampiro, malignos fetiches de la Virgen de Guadalupe y la erudición inútil de quien no se ha perdido la cartelera de estrenos londinense. El Drácula de Fuentes es patético. El Santo o las Momias de Guanajuato lo vencerían de inmediato en un ring de catch. Es literatura clase Z vendida en un envase ABC1.

Para recordar: en 1996, un puñado de cinco jóvenes escritores mexicanos lanzaron el *Manifiesto del Crack*. Allí planteaban la urgente vuelta de ficciones modernas, textos que estuvieran a la altura de los logros del boom. Una *boutade* que reivindicaba la valentía narrativa de García Márquez y cía. En esa lógica, se podría pensar que *Inquieta compañía* debería estar en sincronía -por género y tema- con el Crack. Pero no. Los alumnos han superado al

maestro, han matado al padre. Fuentes debería estar preocupado: los mejores libros de Carlos Fuentes los está escribiendo, por ejemplo, alguien como Jorge Volpi. Al lado de la grandiosa *En busca de Klingsor*, *Inquieta compañía* es un volumen discretísimo, el opus mínimo de un publicista de su propia -y agotada- genialidad, con insuficiencia crónica de buenas ideas narrativas.

Mala compañía [artículo] Alvaro Bisama.

Libros y documentos

AUTORÍA

Bisama, Alvaro

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mala compañía [artículo] Alvaro Bisama. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)